

Las virtudes del desengaño

ALBERTO GONZÁLEZ TROYANO



© Retrato de José Bergamín (1938)



El paso de los años no ha *estabilizado* la figura literaria de José Bergamín. Sus obras continúan desprendiendo un cierto aire de escritor incómodo y evasivo ante los intentos mejor intencionados de catalogarlo. Casi todos sus compañeros, con los que compartió de manera tan fraterna aventuras literarias y políticas, han sido sometidos ya, por parte de la crítica, a la más minuciosa disección taxonómica. Sin embargo, él se resiste a que lo interpreten y lo fijen, y, por ello mismo, ese empecinamiento académico por situarlo hubiese provocado sus delicias, incitándole a una *risa que le llegaría hasta los huesos*, si pudiera contemplarlo.

Pero esa oposición suya a que lo acomoden no se ejerce en el aspecto de la lectura, ya que sus escritos se leen y se disfrutan sin embarazo alguno; mas si se pretende otra cosa, esas buenas intenciones se frenan ante un personaje que se descoloca al menor esfuerzo por encasillarlo en alguno de los estantes previstos en las historias literarias.

Se incrementa, además, esta dislocación aparente del Bergamín escritor, por su rareza misma en un mundo cultural como el español, tan poco dado a valorar y comprender una presencia como la suya, más dispuesta a sembrar el desconcierto que a seguir las sendas habituales de respeto y sumisión ante los géneros y usos literarios. Escribir con un ritmo libre, sentencioso y discontinuo, emplear el ingenio más mordaz para decir y desdecirse a un mismo tiempo, burlarse irreverentemente tanto de lo que se afirma como de lo que se niega, no suelen ser, desde luego, fórmulas que se den a menudo en el panorama hispánico.

* Entre las diversas publicaciones de Alberto González Troyano recordamos: *Temas y tipologías de la narrativa taurina*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1988; *El torero, héroe literario*, Madrid, Espasa-Calpe, 1988 y *La desventura de Carmen*, Madrid, Espasa-Calpe, 1991.

Y, en efecto, la manera que tuvo Bergamín de ser consecuente consigo mismo no encajaba con los postulados de coherencia que a un escritor se le suelen reclamar. Así, en una cultura como la española en la que, a partir del siglo XVIII, las manifestaciones de lo popular y de lo culto aparecen tan escindidas, desorientaba su recurso, a la vez, a las tradiciones más castizas y a la veta más depurada y conceptista. Este mestizaje impúdico entre escritores y toreros, entre Lope, Calderón, Joselito y Belmonte, por poner un solo ejemplo, como fuentes de referencia y reflexión, era, como mínimo, indicio de genio atrabiliario, y de una rareza y de un desafío desconcertante. Por tanto, para los críticos que se querían sentir liberados de la posibilidad de acotarlo, todas estas contradicciones brindaban buenas oportunidades para marginarlo, ya que, además, sólo cabía asignarle el estatuto de un escritor *menor*, comparado con los otros grandes nombres de su grupo literario. Un escritor menor que, como mucho, sólo hacía gala de un cierto ingenio expresivo, con mezclas y ocurrencias de lo más variopintas.

Sin embargo, para los que se adentran en sus obras como lectores y no como entomólogos, Bergamín ofrece mucho, aunque también les exige predisposición y gusto por la agudeza y las acrobacias verbales y una cierta complicidad para entremeterse por los laberintos de la inteligencia y del ingenio. Estar dispuesto a dejarse sorprender y confundir, querer transitar sin prejuicios hacia un lado y otro de las fronteras infernales, son estados de ánimo que su seguimiento requiere. Pero una vez aceptados esos mínimos compromisos, a Bergamín se le descubre como a un buscador-burlador infatigable que, a través de la palabra, configura itinerarios que él mismo se encarga de difuminar después, tal vez preocupado porque los perfiles de sus huellas no vayan a quedar demasiado nítidos y puedan seguirse miméticamente.

Buscar y, tras encontrar, desengañarse, no implica que no se ponga inicialmente entusiasmo en la búsqueda y en el hallazgo. Y Bergamín supo ilusionarse por el barroco y el conceptismo español, pero a su vez supo que el recurso a ese mundo olvidado debía refrescarlo y revitalizarlo con las aportaciones de una veta popular que a él le resultaba igualmente afín. Sin caer nunca en el eclecticismo, ni en un ambiguo claroscuro, añoraba arriesgarse señalando la solidaridad entre cuestiones que apenas nadie había sospechado que pudieran conjuntarse: "La mística y la picaresca españolas se diría que nacieron juntas, como hermanas de un mismo parto" (*Lázaro, Don Juan, Segismundo*). Ahí residía uno de los propósitos de su palabra literaria: deslumbrar, en una especie de súbito relámpago, comparando lo incomparable y conectando así imágenes, muchas veces efímeras, que daban pie a visiones tan lúcidas y sutiles como inesperadas.

Esta andadura de Bergamín, tras un peculiar vellocino de oro, tenía como horizonte literario recuperar, para hacerlas contemporáneas y suyas, algunas tradiciones españolas a la vez que, con igual entusiasmo, ansiaba la apertura hacia un cierto pensamiento europeo, como el romántico, por el que Bergamín sentía igualmente grandes afinidades. Lo viejo y lo nati-

vo eran revisitados y fermentados con nuevos contrastes y lejanos mestizajes. Para ayudarse en esa peregrinación hacía acopio de figuras como la paradoja, el disparate, el desatino, la temeridad, servidas muchas veces con un estilo sentencioso próximo a la greguería ramoniana o al aforismo irónico. Con estas maneras no podía menos que descabalar al lector bien pensante y al crítico académico poco predispuesto a seguir los eslabones de una lógica bastante heterodoxa. Ante frases como éstas: “No importa que el aforismo sea cierto o incierto, lo que importa es que sea certero” (de *La cabeza a pájaros*), o “El secreto hermético del analfabetismo es un secreto luminoso y profundo, y es también un secreto a voces: a voces y no a letras. La poesía que no es nunca un jeroglífico es siempre un enigma: una enigmática verdad, la más pura” (de *La decadencia del analfabetismo*), o “La mentira no es un error, es un desdoblamiento de la verdad misma” (de *Lázaro, Don Juan, Segismundo*), se perturbaban unos, los más, a la vez que se llenaban de gozo los otros, los menos, los libres de empeños, los no condicionados por los sombríos vericuetos de lo que él llamaba la alfabetización.

Buscó, por tanto, Bergamín, vellocinos y esencias. Pero poco convencido, ya previamente, de la fiabilidad y perdurabilidad de esos hallazgos y sustancias, prefirió reinventar, amalgamar y confundir a partir de sus visitas y peregrinaciones al pasado y a lo nuevo, a lo clásico, y a lo moderno, a lo popular y a lo culto, a lo español castizo, y a lo extranjero cosmopolita. Para poder ilusionarse, extraer, elegir, contrastar, distanciarse, o burlarse, de todo eso, le fue necesario antes conocer e indagar. Y Bergamín se hizo un gran degustador de toda esa literatura, sin exclusiones, de la clásica a la contemporánea. Gracias a ese punto de partida, pudo permitirse extrapolar autores, temas y cuestiones y utilizarlos a su albedrío, con su acerado virtuosismo verbal. El dicho popular, el lugar común, el verso delicado, la frase conceptista, reelaborados por él, por su pluma, tras un laberíntico exilio de sus textos habituales, regresaban refundidos, cargados de otras connotaciones que desdecían, potenciaban o borraban su precedente valor inicial.

Igual que transitaban sus imágenes, transitaban sus ideas de la filosofía a la literatura y de la literatura a la filosofía, como compuestas a contratiempo del género y del momento. Como también pretendía atribuirle musicalidad a la pintura y pintura al verso. Eran formas todas ellas de distorsionar fijeza, para desplazar la mirada y la lectura hacia lo incierto, hacia lo que permanecía en suspensión, estados a los que gustaba atribuirles el mismo estatuto del que suele gozar, para los otros, la certeza. Su manera de buscar las esencias, españolas y no españolas, fue resquebrajando seguridades, desbordando lindes habituales, mediante una técnica —bien abastecida de duendes y malabarismos verbales y conceptuales— que proporcionaba primero el destello de la ilusión, como un centelleo instantáneo en la oscuridad, para suministrar seguidamente, sin más paliativos y sin dejar que levante el vuelo, las virtudes del desengaño.

“Bergamín supo ilusionarse por el barroco español, pero a su vez supo que el recurso a ese mundo olvidado debía refrescarlo con las aportaciones de una veta popular”